

mas, prefirió quemar sus naves á dirigir las contra los ingleses. En el año 1798 desapareció todo peligro de un nuevo ataque por mar contra Irlanda por haberse formado la poderosa armada que Napoleón se llevó á Malta y á Egipto. Esta campaña fué causa de que en Abukir la escuadra de guerra francesa sucumbiera al violento ataque de Nelson y dió á los ingleses un pretexto para crear la antinatural alianza de rusos y turcos, que les valió la conquista de Nápoles y de las islas Jónicas, para apoderarse en definitiva de Malta, Menorca y Egipto y convertir, por decirlo así, todo el Mediterráneo en un lago inglés. No obstante, las afortunadas guerras por mar costaban sumas casi tan cuantiosas como las desdichadas empresas sostenidas en el continente europeo. La deuda pública de Inglaterra que con la guerra americana habia alcanzado la cifra de 246.222.392 libras, llegó en los años 1793 á 1802 á la de 597.640.432 libras (1), á pesar de lo cual, cualquiera que de estos números dedujera algun peligro para el Estado y para su crédito, daría solo una prueba de su completa falta de conocimientos y buen juicio en la materia. Toda aquella suma habia sido tomada á préstamo en el propio país: la aristocracia financiera inglesa la habia prestado al Estado, el cual pagaba los intereses con el producto de los derechos de aduanas y de consumos que se percibían del comercio y de la gran masa de la poblacion trabajadora. Con el aumento del comercio y de los países sometidos al protectorado inglés, que eran otros tantos nuevos mercados abiertos á la industria inglesa, se habia triplicado la riqueza de la nacion. El fondo de amortizacion de la Deuda, que en 1784 solo se elevaba á medio millon, ascendia en 1800 á 6 y $\frac{1}{2}$ millones de libras (2). La misma aristocracia financiera que prestaba al Tesoro sus ahorros elaboraba en el Parlamento las leyes referentes á los derechos y á las contribuciones y fuera del Parlamento hacia, en ultramar, pingües negocios con las colonias. Reuníanse, pues, en una misma persona el acreedor y el deudor y existía por lo mismo para el exacto pago de los intereses y para el puntual de todos los cambios una garantía tan sólida como su interés personal y su espíritu mercantil pudieran desear.

Sin embargo, esta política financiera descansaba en la explotación de las clases baja y media por una nobleza en la cual estaban confundidos por completo el interés del país y el interés de clase y que sin exageracion podia decir de sí misma: «El Estado soy yo.» Que en este punto de imposición de contribuciones habia un límite que no podia ser traspasado, demostrábalo la consideracion que indujo á Pitt á proponer, en diciembre de 1798, la introduccion de una *income-tax* (3), es decir, de un impuesto sobre toda clase de rentas, del cual esperaba no menos de 28 millones de libras al año. Cuando vió aprobada, á principios de 1799, por ambas Cámaras esta gran fuente de ingresos, no hubo de tener cuidado alguno por la cuestion financiera cuando tuvo que pensar en la guerra ó en la paz.

La destruccion del poder marítimo de Francia hizo que Inglaterra se viera sujeta á graves cuidados por lo que á Irlanda se referia. La católica Irlanda no habia aun depuesto las armas que en 1779 tomara por orden del mismo gobierno (4) y conservaba y ampliaba secretamente la organizacion que Flood y Grattan le habian dado. La «liga de los irlan-

deses confederados,» que tenia su comité general en Dublin, dominaba en el país con toda la plenitud de poder de un gobierno nacional reconocido, y el programa con que rechazaba todas las tentativas conciliadoras de Burke y de Pitt, sin manifestarse nunca abiertamente, decia: «Separacion de Inglaterra, y alianza armada con Francia.»

En mayo de 1796 lord Eduardo Fitzgerald y Arturo O'Connor, á nombre de mas de cien mil conjurados armados, se dirigieron secretamente á Francia; discutieron con el general Hoche el plan de un desembarque de las tropas de éste en Irlanda é hicieron con el Directorio un tratado por el cual este cuerpo, desde el momento de su desembarque, se pondría al servicio del gobierno revolucionario de Irlanda (5). Con la esperanza del buen éxito de este plan, el Directorio rechazó la proposicion de paz de lord Malmesbury, que habia sido inspirada á Pitt, en el otoño de aquel año, únicamente por el temor de una expedicion militar francesa á Irlanda (6). Pero el golpe fracasó por completo: la gran escuadra francesa, con sus 17 navíos de línea, 13 fragatas y 20,000 hombres de desembarque se desorganizó en la travesía, á causa de las tempestades y de la niebla; el almirante pudo llegar felizmente, con la mayor parte de los buques de guerra, á la bahía de Bantry, pero el general Hoche con los buques que conducian las tropas y las embarcaciones cargadas de pertrechos de guerra fueron á parar á otros puertos; y como en ninguna parte se encontró á los entusiastas irlandeses, el resultado de la expedicion fué una retirada general llena de desencanto y de desaliento (7). Los irlandeses, confiados en nuevas promesas de auxilio por parte de Francia, acordaron para el 23 de mayo de 1798 un levantamiento general, en el cual se esperaba que tomarian parte medio millon de hombres completamente armados y dispuestos para la lucha. Pero esta vez el gobierno estuvo anticipadamente tan bien enterado, que en 12 de marzo mandó prender, en sus residencias de Dublin, á los principales caudillos del movimiento y pudo llevar á cabo con gran energía el desarme de los clubs rebeldes. Esto produjo una terrible efusion de sangre; pero la resistencia que se opuso careció, desde un principio, de unidad y pudo considerarse como desesperada. Cuando el general francés Humbert desembarcó, en 22 de agosto, con 1,100 hombres y tres buques de guerra en la bahía de Killala todo estaba casi terminado; así es que despues de un par de combates tuvo que rendirse ante la superioridad de fuerzas de lord Cornwallis (8), y la causa irlandesa, ligada íntimamente con las grandes complicaciones de la gran política, pasó á figurar en el número de las cuestiones que solo daban ocupacion á la vida política interior de la Gran Bretaña, es decir, á la legislacion del Parlamento.

Para esta cuestion tenia Pitt proyectada, desde hacia muchos años, una solucion, y entonces era el momento oportuno de llevarla á cabo. En vez de aquel parlamento irlandés que residia en Dublin, y que no era sino la odiosa personificación de la soberanía extranjera inglesa, debia tener la Irlanda voz y voto en el mismo Parlamento inglés por medio de cien diputados libremente elegidos. La intervencion de Irlanda en la representacion y legislacion del reino británico debia ser el comienzo de lo que Pitt llamaba «union» y consideraba como el remedio para cicatrizar todas las heridas y como solucion para vencer todas las dificultades que entre Inglaterra é Irlanda surgian.

La union no se habia realizado aun, pero por lo menos se

(5) Sybel, tomo IV, pág. 321.

(6) Sybel, tomo IV, pág. 325. Véanse los Pequeños escritos históricos, tomo I, pág. 493.

(7) Sybel, tomo IV, pág. 363.

(8) Sybel, tomo V, págs. 219-224.

habia conjurado todo peligro de parte de los irlandeses, de tal suerte que bajo este concepto no podia encontrarse mejor pretexto para firmar la paz que la carta tantas veces mencionada que el primer cónsul Bonaparte dirigió al rey de la Gran Bretaña y de la Irlanda. Esta carta, fechada en Paris en 4 Nivoso del año VIII (25 diciembre de 1799), decia:

«Llamado por la voluntad de la nacion á ocupar el cargo supremo de la República, considero oportuno, al tomar posesion de él, ponerlo inmediatamente en conocimiento de Vuestra Majestad.

«¿Ha de durar eternamente la guerra que hace ocho años está devastando las cuatro partes del mundo? ¿No existe medio alguno de llegar á una inteligencia?»

«¿Cómo pueden las dos naciones mas ilustradas de Europa, que tienen mas poder y fuerza de los que para su seguridad é independencia necesitan, sacrificar la prosperidad del comercio y de la industria, el bienestar interior y la felicidad de sus súbditos á la ilusion ciega de vacías grandezas? ¿Cómo pueden desconocer que la paz es la primera necesidad y la primera de todas las cosas que dan derecho á la gloria? Tales sentimientos no pueden ser ajenos al corazon de V. M. que gobierna una nacion libre con el solo propósito de hacerla feliz.

«En estas manifestaciones no ha de ver V. M. mas que mis sinceros deseos de contribuir por segunda vez á una paz general por medio de una accion rápida completamente leal y despojada de aquellas formalidades que, necesarias quizás para disimular la dependencia de los Estados débiles, solo demuestran en Estados fuertes el deseo de engañarse mutuamente.

«Abusando de sus fuerzas, pueden Francia é Inglaterra, desgraciadamente para todos los pueblos, prolongar por mucho tiempo todavía su aniquilamiento; pero me atrevo á decir que la suerte de todas las naciones civilizadas depende de la terminacion de una guerra, cuyo fuego se propaga por todo el universo (1).»

El gabinete inglés dió su contestacion, en 4 de enero, por medio de un documento dirigido, no por el rey al primer cónsul, sino por el ministro lord Grenville al ministro Talleyrand, y redactado en unos términos que causaron penosa impresion aun en la misma Inglaterra. El *Annual Register* (2) decia comparando ambos documentos: «Sin que sea nuestro ánimo discutir los sentimientos humanitarios ni la buena fe de Bonaparte, no podemos menos de hacer notar que en esa carta se reflejan una concision, una dignidad y una energía dignas de un trono ó de un príncipe acostumbrado á gobernar y merecedor de empuñar las riendas de un gobierno. No sucede lo mismo con la contestacion de lord Grenville, ministro inglés de Negocios extranjeros. La carta de Bonaparte revela un juicio recto, exento así de fanatismo republicano, como de cortesana bajeza; en cambio la contestacion de lord Grenville demuestra que se puede tener buen talento y carecer al mismo tiempo de tacto y de sano criterio.»

En efecto, lord Grenville habia desempeñado su cometido de la manera mas lamentable. A las claras debia verse que Napoleón ni queria ni podia querer una paz como la que de él solicitaron los aliados despues de conquistada casi toda la Italia. En su consecuencia, sus públicas proposiciones de paz no eran mas que un golpe maestro para conquistarse la opinion pública; pero por esto mismo era tanto mas fácil hacerle aparecer falto de razon ante el mundo entero y tan-

(1) *Corresp.*, tomo VI, pág. 36.

(2) *Annual Register or a view of the history politics and literature for the year 1800*. Londres, 1801. Los documentos se encuentran en el propio tomo entre los *State-papers*.

to mas absurdo pretender destruir la nocion de los intereses que mas caros eran á la nueva Francia y que se hallaban definitivamente amparados por el primer cónsul, por medio de la exigencia de una restauracion de los Borbones que se formulaba como condicion *sine qua non* para firmar una paz duradera. Todos los franceses no expatriados que esto leyeron supieron por boca del enemigo lo que quizás no hubieran creído dicho por el propio primer cónsul, á saber: que el honor nacional de Francia exigía la soberanía de Napoleón y su victoria en el campo de batalla, lo cual era el mejor presente de año nuevo que podia hacerse al autor de la carta de 25 de diciembre.

Mas prudentemente que Grenville procedió Thugut. Bonaparte habia tambien dirigido, en 25 de diciembre, al emperador de Austria una carta de paz en la cual le decia: «Enemigo de todo afán de gloria efímera, encamino el primero de mis deseos á evitar el derramamiento de sangre. Todo hace presumir que la próxima campaña, hecha por numerosos y bien dirigidos ejércitos, habrá de triplicar el número de las víctimas que sucumban en cuanto se reanuden las hostilidades. El carácter conocido de V. M. me permite no abrigar duda alguna acerca de los deseos de su corazon, y si V. M. solo á ellos da oídos, entreveo la posibilidad de conciliar los intereses de ambas naciones (3).» Thugut contestó por lo menos en formas corteses y no se mostró exigente, de suerte que Bonaparte, sin comprometer su dignidad, pudo proponer las bases sobre las cuales pensaba asentar la paz, que eran las de la paz de Campo-Formio. Estas bases significaban para el Austria la renuncia á todas las ventajas que la última campaña en Italia le habia proporcionado, cosa que no estaba dispuesto á hacer el emperador. Con fecha de 24 de marzo, contestó Thugut (4) en términos muy mesurados que el tratado de Campo-Formio, violado apenas firmado, no podia servir de base para una verdadera inteligencia, base que solo podia encontrarse en el reconocimiento del *statu quo* resultante de la suerte que la guerra habia deparado á las armas de los dos beligerantes. Austria no podia admitir mas bases que éstas, y Bonaparte, á su vez, no queria ni podia inaugurar la política europea de su gobierno con la evacuacion de Riviera, que hasta entonces habia sido tan heróicamente conservada, ni con la cesion de toda la Italia al Austria. En su consecuencia, no quedó mas recurso que continuar la guerra, que ambas partes de antemano habian decidido: Inglaterra no dejó de llenar el vacío que en las fuerzas de la coalicion habia dejado la retirada de los rusos, firmando tratados de subsidios con pequeños príncipes alemanes.

En 16 de marzo del año 1800, su ministro plenipotenciario, Guillermo Wickam, firmó en Munich, con el conde Montgelas, uno de estos tratados, en virtud del cual el príncipe elector de Baviera y el Palatino pusieron á sueldo de Inglaterra, además de sus contingentes imperiales, un ejército de 12,000 hombres. En 20 de abril firmó en Ludwigsburg otro tratado análogo con el duque de Wurtemberg, que prometió facilitar 5,000 hombres de tropas auxiliares. Por último, el tratado de 30 de abril aseguró á Inglaterra un cuerpo de 3,264 soldados del electorado de Maguncia.

La guerra seguía, hacia varias semanas, su curso: aquende y allende los Alpes los austriacos llevaban siempre la peor parte, viéndose por fin obligados á emprender la retirada, cuando en 20 de junio lord Mintd firmó con Thugut un tratado de subsidios en virtud del cual el Austria, á cambio de un anticipo de dos millones de libras esterlinas, se obligaba á

(3) *Corresp.*, tomo VI, pág. 37.

(4) Thiers, tomo I, pág. 484.

(1) Schlosser: *Historia del siglo décimooctavo*, tomo VI, páginas 322-323.

(2) Schlosser, tomo VI, pág. 357.

(3) Stanhope, tomo III, pág. 158.

(4) F. II, pág. 789. Aprovecho esta ocasion para corregir la errata de imprenta, repetidas veces cometida y demasiado tarde notada, en virtud de la cual en la obra citada se pone con frecuencia Grattan en vez de Grattan.

continuar con todas sus fuerzas, en los dos principales teatros de la guerra, la lucha contra la República francesa (1). Entonces nada se sabía todavía en Viena del acuerdo que seis días antes se había tomado en Marengo: hasta el 24 de junio no llegó á aquella corte la relación de Melas, fechada en 13 del propio mes, en la cual se decía: «El enemigo ha pasado ya el Scrivia: yo situo detrás del Bórmida las tropas, cuyas fuerzas físicas se han debilitado considerablemente con la expedición de Ríveria y las conduzo al golpe decisivo. Si la fortuna corona este paso con un feliz éxito, espero poder avanzar por la orilla derecha del Po y restablecer las comunicaciones con los Estados hereditarios; pero si, por el contrario, el hecho de estar cercados por dos ejércitos enemigos quebranta el valor y la perseverancia de las tropas, inferiores en número, y con ello un triunfo inesperado decide la



Paso del San Bernardo.

Fresco del pintor de la corte de Napoleón, Andrea Appiani (1754-1817), en el palacio imperial de Milan.

y Massena, que ejercían sus mandos en la Vendée, en Suiza y en Italia respectivamente.

Con fecha 25 de enero escribía á Berthier: «Mi propósito es organizar un ejército de reserva, cuyo mando supremo estaría reservado al primer cónsul (3).» El día 2 de marzo recibió Brune la orden de enviar cinco medias brigadas de su cuerpo de ejército á Dijon, ciudad que debía ser el centro del ejército de reserva (4). En 5 de marzo, se puso en conocimiento de Massena la formación de este nuevo ejército, añadiéndosele: «El ejército del Rin es excelente: cuenta con 120,000 combatientes que se reunirán en el mismo campo de batalla (5).» En 22 de marzo se comunicó á Moreau, jefe de este ejército, la orden de que dentro de 3 ó 4 semanas pasara el Rin y empujara al enemigo hácia Baviera, de suerte que viera cortadas todas sus comunicaciones con Milan, así por el lago de Constanza como por Graubünden (6). En 9 de abril se participó á Massena que mientras Moreau avanzara con 100,000 hombres por Suabia hácia Baviera, el

(1) Garden: *Histoire générale des traités de paix*, tomo VI, páginas 223-230.

(2) A. Fournier: *La misión del conde Saint-Julien en el año 1800*; en los *Estudios y bosquejos históricos*. Praga-Leipzig, 1885, pág. 185.

(3) *Corresp.*, VI, pág. 107.

(4) *Corresp.*, VI, pág. 158.

(5) *Corresp.*, VI, pág. 165.

(6) *Corresp.*, VI, págs. 203-204.

batalla, la completa ruina del ejército y su triste suerte son tanto mas seguras cuanto que sólo tiene comestibles para seis días, pasados los cuales la carencia será completa (2).» Lo que estas líneas anunciaban el día 13 de junio sucedió el día 14 con la pérdida de una batalla que en apariencia parecía completamente ganada.

CAPITULO III

MARENGO, HOHENLINDEN, LUNEVILLE. — PAZ RELIGIOSA Y PAZ MUNDANA

El grandioso plan según el cual el primer cónsul preparó su doble campaña del año 1800 nos lo detallan sus cartas á los generales Berthier, ministro de la Guerra, Brune, Moreau

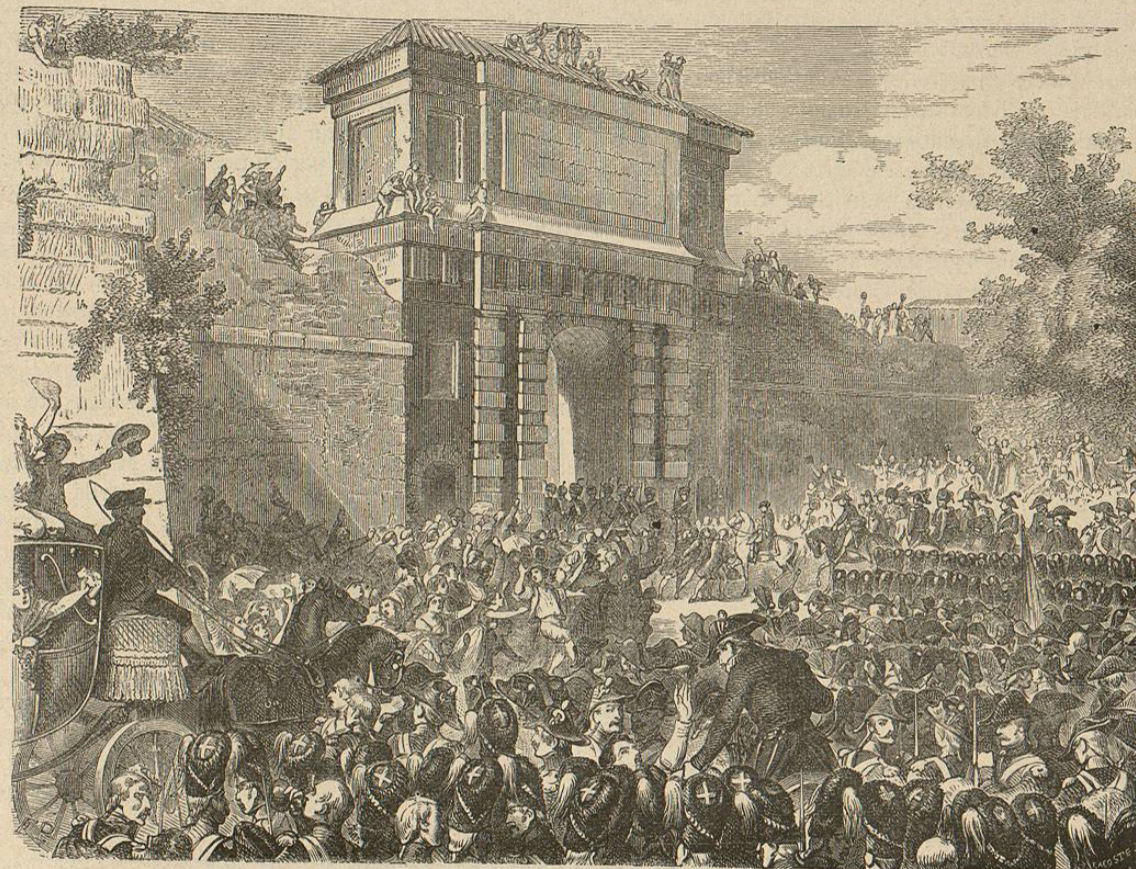
ejército de reserva, á las órdenes de Berthier, debía dirigirse á Italia. «En el momento mismo en que las tropas del general Berthier entran en Italia, acomodareis vuestros movimientos á los suyos, para atraer la atención del enemigo y obligarle á dividir sus fuerzas, favoreciendo con ello vuestra comunicación con el cuerpo de ejército entrado en Italia. Hasta entonces manteneos á la defensiva: las montañas que ocupais hacen inútiles la caballería y la artillería enemigas y os aseguran la superioridad en esta especie de estrategias, es decir, la certeza de manteneros en estas posiciones, lo cual ha de ser hasta entonces vuestro verdadero y exclusivo objeto (7).» Tal era el plan que suponía, ante todo, que los austriacos le dejarían de atacar, como de costumbre. Pero esta vez no fué así: cuatro semanas antes de lo que Bonaparte había calculado, es decir, en 4 de abril, el general Melas con 70,000 hombres se puso en movimiento para quitar á Génova y Ríveria á los 36,000 franceses de Massena. Aquel general consiguió, en efecto, después de algunos sangrientos combates en los Apeninos, desalojar á Massena de sus posiciones y empujar á la división Suchet hácia Niza y desde allí al otro lado del Var, mientras Massena con la división Soult se apresuraba á marchar sobre Génova, que inmediatamente fué sitiada por el cuerpo austriaco del general Ott. El valor y la tenacidad de Massena eran garantía de que esta plaza

(7) *Corresp.*, VI, pág. 215.

se defendería mientras hubiera en ella un mendrugo de pan; pero el general notificó, en 23 de abril, que el pan á lo mas podría durar hasta fines de mayo. Moreau, que en 25 de abril pasó el Rin, había derrotado á los austriacos del general Kray en los sangrientos combates de Eugen, Stockach, Mosskirch, Biberach y Memmingen, obligándoles á refugiarse en el fuerte campamento situado detrás de los muros de Ulm, cuando el primer cónsul entró, en 9 de mayo, en Ginebra por Dijon para dirigir en persona la marcha de su ejército de reserva al través de los Alpes. Habíase acordado que el paso de éstos se verificaría por el gran San Bernardo (1).

Desde Lausana hasta Saint-Pierre, aldea situada en la falda del San Bernardo, había un camino por el cual podía pa-

sar la artillería, y otro análogo se extendía, al otro lado, desde la aldea de Saint-Remy hasta Aosta, de suerte que la única dificultad estaba en el San Bernardo propiamente dicho, por el cual no podían subir los carros. La subida y la bajada de los cañones por la montaña fueron obra del general Marmont, el cual hizo descargar las piezas y desmontar cuanto era posible las cureñas para que pudiera todo ser llevado á brazos. Cada regimiento recibió una parte proporcionada de material y de oficiales de artillería, que, distribuidos por las columnas, cuidaban de que las piezas de las cureñas no se estropearan así transportadas. Los cañones fueron colocados en troncos vaciados y con esta envoltura arrastrados así á la subida como á la bajada. Cada pieza de artillería era



Entrada de Bonaparte en Milan.

arrastrada por cien soldados y de esta suerte se hizo el transporte de toda la artillería con facilidad admirable en solos dos días. El enemigo no se presentó por ninguna parte: el poderoso fuerte situado en la pequeña ciudad de Bard y que cerraba el paso del valle del Dora-Baltea era el primer obstáculo que se presentaba; pero fué vencido con tanta habilidad como fortuna. El día 24 de mayo el general Lannes, con la vanguardia, llegó á la fortificada Ivrea, tomando por asalto la ciudad y la ciudadela y arrojando también á los austriacos de Chiusella, hácia Turin, donde Melas había establecido, entretanto, su cuartel general. Bonaparte no persiguió á los fugitivos sino que se dirigió á la izquierda para llegar por el Sesia y por el Tessino lo mas pronto posible á Milan, donde entró el 2 de junio, restableciendo la República cisalpina y uniéndose á un cuerpo de ejército de 15,000 hombres del ejército del Rin que el general Moncey había conducido por el San Gotardo. Entretanto, Génova había capitulado (4 de junio) y las tropas austriacas que

habían estado ocupadas en el sitio de esta plaza se dirigieron á marchas forzadas á la fortaleza de Alejandría, donde se les unió el general Melas con el grueso del ejército.

Bonaparte con todo su ejército pasó el Po en Piacenza, desde donde arrancaba un camino militar que atravesaba las plazas de Stradella, Montebello, Voghera y Tortona y terminaba en Alejandría, camino que siguió el primer cónsul. Su vanguardia, mandada por el general Lannes, arrojó de Montebello con auxilio de la división Víctor á los granaderos del general Ott, y en 12 de junio llegó Bonaparte con 30,800 hombres hasta las cercanías de Tortona, junto al río Scrivia. Al pasar á la mañana siguiente á la otra orilla, pudo tender su vista por la extensa llanura al través de la cual corre el camino de Alejandría atravesando las aldeas de San Giuliano y Marengo, el torrente Fontanone y el río Bórmida. No se veía al enemigo en parte alguna y ni siquiera la caballería pudo descubrir, en sus correrías, señales de su existencia. El primer cónsul, en vista de esto, creyó que el general Melas quería evitar la lucha y escaparse por el Norte hácia el Po ó por el Sur hácia Génova. Esto último le pareció tan probable, que envió con 5,300 hombres á Rivalta al general De-

(1) Marengo en las *Œuvres de Nap. I à Sainte-Hélène. Correspondencia*, XXX, pág. 371.